

de madama Roland, daban á aquellos jóvenes confianza en la victoria é impaciencia por el combate.

En el partido opuesto, cierta duda descubria la inquietud. Las sesiones de los Jacobinos desde algun tiempo eran poco frecuentes é insignificantes. Los nuevos diputados de la Convencion no se inscribian en aquel club, pareciendo que temian comprometer su carácter y su independencia en una filiacion sospechosa de violencia y usurpacion. Petion y Barbaroux luchaban allí con ventaja contra Fabre d'Eglantine y Chabot. Marat no agitaba sino á la más baja hez del populacho. Este hombre era más bien el escándalo patente de la revolucion, que una verdadera fuerza revolucionaria. Despopularizaba al ayuntamiento sólo con tomar asiento en él. El mismo Danton parecia intimidado por la proximidad de la Convencion. Su pasado gravitaba sobre su genio, y hubiera querido hacerlo olvidar, y sobre todo olvidarlo él mismo. Todo lo que le recordaba las jornadas de Setiembre le era importuno y doloroso. Hombre de discernimiento, y como inspirado por el genio inculto del gobierno, pensaba que el papel de jefe de una faccion demagógica en la casa de la ciudad de Paris era un papel mezquino, precario, subalterno, indigno de Francia y de él. La direccion de una insurreccion, las proscripciones atroces y el gobierno sangriento de un interregno de seis semanas no satisficieron su ambicion.

Para imponer su dictadura ilimitada á la nueva Asamblea, le era necesario á Danton una de estas dos cosas: el ejército ó la popularidad. El ejército, porque él no lo tenia aún, aunque pensaba crearse uno; la popularidad, tenia el sentido político demasiado fino y ejercitado para contar por largo tiempo con la suya, y conocia que se usaba y se le huía de las manos de hora en hora. Además, tenia demasiada elevacion de miras para despreciarla. Juzgar y despreciar su propia popularidad es el sino del hombre de Estado: Danton habia nacido con este sino. Una cosa sola le habia faltado para apoderarse y seguir desempeñando el papel de hombre de Estado: la moralidad en la ambicion, é inocencia en los medios. De esta falta habia sido castigado en el acto. Grande y temido todavía por el terror que inspiraba su crimen, no se disimulaba la repugnancia que causaba su nombre. No podia vencer este sentimiento de aversion pública sino por nuevos crímenes ó por una desaparicion voluntaria de la escena pública durante algun tiempo. ¡Pero cometer nuevos crímenes! No los deseaba, porque la sangre de Setiembre le fué demasiado amarga para que él tratase de derramarla otra vez. Danton tenia un corazon humano en el fondo, y aunque pervertido, no insensible. Su crueldad fué un espasmo de la pasion, más bien que la sed de sangre de un alma atroz. Habia sacrificado por sistema, no por inclinacion natural. Esto no lo confesaba en público, pero sí á su mujer. Empezaba ya á arrepentirse, y hemos visto que meditaba, como Sila, una desaparicion voluntaria y momentánea del poder. Despreciaba, sin embargo, demasiado á sus rivales para abandonarles la escena. «¿Ves esos hombres?—decia una noche á Camilo Desmoulins, hablando de los girondinos, de Robespierre y de Marat, en uno de esos desahogos íntimos en que su orgullo descubria muchas veces los secretos de su alma.—¿Ves esos hombres? Pues no hay uno que valga siquiera tanto como un sueño de Danton. La naturaleza no ha vaciado más que dos almas en el molde de los hombres de Estado capaces de manejar las revoluciones: Mirabeau y yo. Despues de habernos formado á nos-

otros dos, ha roto los moldes. Esos hombres son unos parlanchines que pierden el tiempo en arreglar palabras, y que se van luego á dormir al ruido de los aplausos. ¿Crees tú que yo voy á disputarles la tribuna y el ministerio? Desengáñate, yo voy á separarme á un lado y entregarlos con su impotencia á la nada de sus ideas y á las dificultades del gobierno. La grandeza de los acontecimientos los estrellará. Para desembarazarme de ellos no necesito más que á ellos mismos.» Así los girondinos encontraron el lugar casi vacío y la opinion desarmada delante de ellos. Sólo un hombre se habia engrandecido en opinion y en popularidad desde el 10 de Agosto, y este hombre era Robespierre. Estudiémosle ántes del momento en que va á perderse en medio del tumulto de los sucesos.

V

Robespierre parecia entonces el filósofo de la revolucion. Por una potencia de abstraccion que no pertenece sino á las convicciones absolutas, se habia, por decirlo así, separado de sí mismo para confundirse con el pueblo. Su superioridad provenia de que parecia que nadie servia como él á la revolucion por ella misma. Este hombre se elevaba en alas de su mismo sacrificio por el pueblo, y éste, por una correspondencia natural, se reconocia en él. La revolucion no era para Robespierre una causa política, sino la religion de su espíritu; él no pedia que le engrandeciese, sino que le permitiese consumarla. Sus ideas, al principio confusas como instintos, empezaban á aclararse por el estudio y por la práctica. Su talento, al principio rebelde y trabajoso, empezaba á servir mejor á su voluntad. Destituido de dotes exteriores y de inspiraciones repentinas de elocuencia natural, habia trabajado tanto sobre sí mismo, meditado, escrito, borrado y desafiado tantas veces la desatencion y el sarcasmo de su auditorio, que habia concluido por dominar y enardecer su palabra, y hacer de su persona, á pesar de su cuerpo flaco y ridículo, de su voz desagradable y de su traje modesto, un instrumento de elocuencia, de conviccion y de pasion.

Dominado durante la Asamblea constituyente por Mirabeau, Maury y Cazales, vencido en los Jacobinos por Danton, Petion y Brissot, oscurecido en la Convencion por la incomparable superioridad de palabra de Vergniaud, si no hubiese sido sostenido por la obstinacion de la idea que ardia en él y por la intrepidez de una voluntad que conocia en sí la fuerza suficiente para dominarlo todo, porque ella le dominaba á él mismo, habria renunciado mil veces á la lucha, y vuelto á la oscuridad y al silencio. Pero á él le era más fácil morir que callar, cuando el silencio le parecia una desercion de sus creencias. Su fuerza estaba en éstas, y era el hombre más convencido de toda la revolucion. Hé aquí por qué fué por tanto tiempo su servidor oscuro, su favorito, su tirano, y por último, su víctima.

Se ha creido por sus contemporáneos que la revolucion no era á sus ojos sino la realizacion de la filosofia del siglo XVIII y la manifestacion de la justicia y de la razon en la ley. Robespierre era una utopia filosófica en accion. Su política, escrita en *El Contrato social*, no era sino la letra sin alma de la teoría evangélica que él queria realizar en instituciones democráticas. Libertad, igualdad y fraternidad entre los ciudadanos, y paz entre las naciones: estas palabras, comentadas en provecho de todos los hombres y en contra de todos los privilegios y de todas

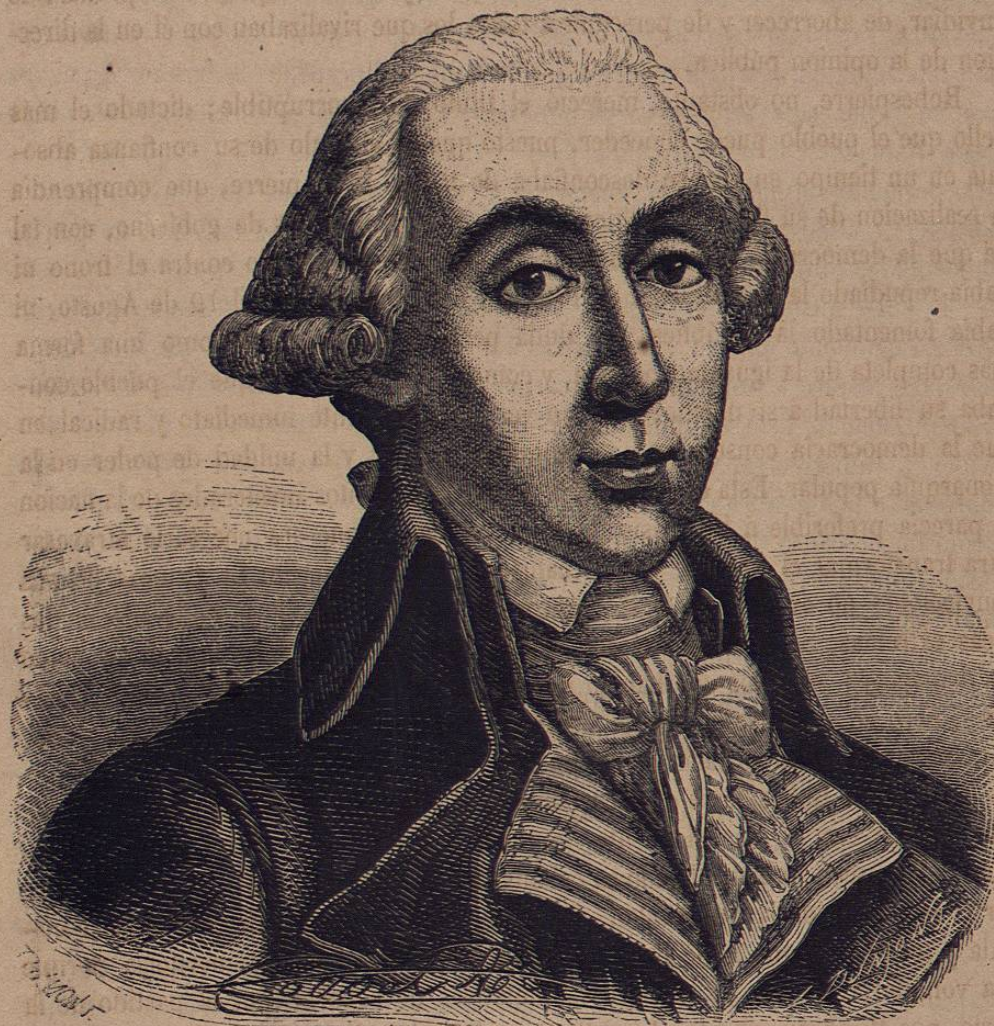
las tiranías, eran su código público. Aplicaba las fórmulas y las consecuencias de él, sin doblegarse en ninguna de las cuestiones ni de las circunstancias originadas por el tiempo. Alumbrado por la lámpara de las teorías, que ningún viento exterior hacía vacilar en su espíritu, no se extravió hasta este punto. Su interés era su fe, su ambición su causa, sus amigos todos los que servían á ésta con más utilidad, sus enemigos todos los que le parecía que le hacían traición. Su desgracia, y bien pronto su crimen, fué creerse puro y el solo capaz de sospechar, de envidiar, de aborrecer y de perseguir á todos los que rivalizaban con él en la dirección de la opinión pública.

Robespierre, no obstante, mereció el título de incorruptible; dictado el más bello que el pueblo puede conceder, puesto que es el título de su confianza absoluta en un tiempo en que se desconfiaba de todos. Robespierre, que comprendía la realización de su filosofía política bajo las formas distintas de gobierno, con tal de que la democracia fuera el alma de él, no había declamado contra el trono ni había repudiado la Constitución de 1791, ni había conspirado el 10 de Agosto, ni había fomentado la república. Sin duda prefería la república como una forma más completa de la igualdad política, y como un gobierno en que el pueblo confiaba su libertad á sí mismo; pero no veía inconveniente inmediato y radical en que la democracia conservase una cabeza en un rey, y la unidad de poder en la monarquía popular. Esta concesión á la paz y á los hábitos inveterados de la nación le parecía preferible á las crisis de las revoluciones que era necesario atravesar para transformar el nombre y el mecanismo de un gobierno. La firmeza de sus convicciones no excluía en él la mesura en la aplicación. Era moderado en las ideas extremas. Sólo los ambiciosos como los girondinos, ó los agitadores como los demagogos, eran los que habían impulsado los acontecimientos hácia la república, pero no él. Pactaba con el tiempo porque no le pedía nada, según decía, para sí mismo: todo lo hacía por el pueblo y por el porvenir.

La vida de Robespierre era el testimonio del desinterés de sus pensamientos; aquella vida era el más elocuente de todos sus discursos. Si su maestro Juan Jacobo Rousseau hubiese dejado su cabaña de Charmettes ó de Ermenonville para ser el legislador de la humanidad, no hubiera tomado una existencia más recogida y más pobre que la de Robespierre. Esta pobreza era más meritoria porque era voluntaria. Objeto de numerosas tentativas de soborno por el partido de la corte, por Mirabeau, por los Lameth y por los girondinos durante las dos Asambleas, había tenido todos los días en su mano la fortuna, pero no se dignó cogerla. Llamado en seguida por elección al desempeño de las funciones de acusador público y de juez en París, todo lo había rehusado para vivir en una pura y orgullosa indigencia. Su fortuna, la de su hermano y la de su hermana consistía en algunos trozos de tierras en el Artois, cuyos arrendadores, pobres también y parientes de su familia, pagaban con atraso sus rentas. Su sueldo como diputado de la Asamblea constituyente y durante la Convención, subvenía á las necesidades de estas tres personas. Algunas veces se vió obligado á recurrir al bolsillo de sus huéspedes y de sus amigos. Sus deudas, que no se elevaban, sin embargo, después de su muerte sino á una suma de cuatro mil francos, después de seis años de permanencia en París, atestiguan la extrema sobriedad de sus gastos.

Sus costumbres eran las de un modesto artesano. Vivía en una casa de la calle

de San Honorato, señalada hoy día con el número 396, frente á la iglesia de la Asunción. Esta casa era baja, precedida de un patio rodeado de un cobertizo lleno de tablas, piezas de carpintería y otros materiales de construcción, y tenía una apariencia casi rústica. Pertenecía á un carpintero aparejador de edificios, llamado Duplay, que había adoptado con entusiasmo los principios de la revolución. Conocido de muchos miembros de la Asamblea constituyente, Duplay les pidió que



Tallien.

le llevasen á Robespierre, y la entera conformidad de sus opiniones no tardó en unirlos. El día de los asesinatos del Campo de Marte, algunos miembros de la Sociedad de Amigos de la Constitución pensaron que sería imprudente dejar á Robespierre que volviese al centro del Marais por medio de una ciudad aún llena de emoción, y abandonarle sin defensa á los peligros de que decían estaba amenazado. Duplay le ofreció entonces darle asilo, y su ofrecimiento fué aceptado. Desde este momento hasta el 9 Termidor, Robespierre no dejó de vivir con la familia del carpintero. Una larga permanencia en la casa, comer en la misma mesa y vivir juntos tantos años, convirtieron la hospitalidad de Duplay en mutuo cariño. La familia de su huésped llegó á ser para Robespierre su segunda familia. Esta, á quien Robespierre había hecho adoptar sus opiniones sin quitarle nada de la sen-

cillez de sus costumbres y aún de sus prácticas religiosas, se componía del padre, la madre, un hijo aún adolescente, y cuatro hijas, de las que la mayor tenía veinticinco años, y la más joven diez y ocho. El padre, que estaba todo el día ocupado en los trabajos de su oficio, iba alguna vez á oír por las noches á Robespierre á los Jacobinos, y volvía penetrado de admiración hácia el orador del pueblo, y de ira contra los enemigos de este joven y puro patriota. Madama Duplay participaba del entusiasmo de su marido, y la estimación que tenía por Robespierre le hacía encontrar honrosos y dulces los pequeños servicios de domesticidad voluntaria que le hacía, como si fuese su madre más bien que su huésped. Robespierre pagaba con su afecto estos servicios y esta adhesión, y encerraba su corazón en esta pobre casa. Hablador con el padre, filial con la madre, paternal con el hijo, familiar y casi hermano con las jóvenes, inspiraba y experimentaba en este círculo interior formado á su alrededor todos los sentimientos que un alma ardiente no inspira ni siente sino dilatándose mucho fuera de sí.

El amor mismo atraía su corazón hácia el sitio en donde el trabajo, la pobreza y el recogimiento fijaban su vida. Leonor Duplay, la mayor de las hijas de su huésped, inspiró á Robespierre un cariño más serio y más tierno que el que tenía á sus hermanas. Este sentimiento, más bien predilección que pasión, era más razonable en Robespierre, y más ardiente y sincero en la joven. Este era el amor que convenía á un hombre arrojado todo el día en las agitaciones de la vida pública, como un descanso del corazón después del cansancio del espíritu. «Alma viril,—decía Robespierre de su amiga,—ella sabía morir como sabe amar.» Se la llamaba Cornelia. Esta inclinación, confesada por los dos, fué aprobada por la familia, y vivían, pues, en la misma casa, más bien como novios que como dos amantes. Robespierre había pedido á la joven á sus padres, y le fué prometida. «La escasez de su fortuna y la incertidumbre del día siguiente le impidieron unirse á ella antes que el destino de Francia se aclarase; pero no esperaba—decía él—sino el momento en que la revolución terminase y se consolidara, para poder retirarse de la lucha, unirse con la que amaba é irse á vivir á Artois á una de las tierras que aún conservaba de los bienes de su familia, para confundir su oscura felicidad en la dicha común.»

De las demás hermanas de Leonor, á la que quería más Robespierre era á Isabel, la más joven de las tres, á la cual su paisano y colega Lebas pidió en matrimonio, y con quien casó poco tiempo después. Esta joven, á quien la amistad de Robespierre costó la vida de su marido once meses después de su unión, ha vivido más de medio siglo, sin haber renegado una sola vez de su culto por Robespierre, y sin haber comprendido las maldiciones del mundo contra el hermano de su juventud, que se le aparecía aún en su imaginación puro, virtuoso y dulce.

VI

Las vicisitudes de la fortuna, de la influencia y de la popularidad de Robespierre no cambiaron en nada la sencillez de su existencia. La multitud iba á implorar el favor ó la vida á la puerta de esta casa, en la que nadie penetraba. La vivienda personal de Robespierre se componía de un cuarto construido en forma de buhardilla encima del cobertizo, cuya ventana daba sobre el tejado, no teniendo

más vista que el interior de un patio semejante á un taller, en el que resonaba siempre el martillo y la sierra de los oficiales, y que madama Duplay y sus hijas atravesaban continuamente, atareadas en sus quehaceres domésticos. Este cuarto estaba separado de los que ocupaban los dueños de la casa por un pequeño gabinete común para la familia, y al otro lado, y también bajo el tejado, había dos gabinetes, ocupados uno por el hijo de la casa, y el otro por Simon Duplay, secretario de Robespierre y sobrino de su huésped. Este joven, cuyo patriotismo era tan ardiente como sus opiniones, anhelaba dar su sangre por la causa de que Robespierre era el alma. Alistado como voluntario en un regimiento de artillería, una bala de cañón le llevó la pierna izquierda en la batalla de Valmy.

El cuarto del diputado por Arras contenía nada más que un catre de nogal cubierto de damasco azul con flores blancas, una mesa y cuatro sillas de paja. Esta pieza le servía á la vez para dormir y para trabajar. Sus papeles, sus memorias, las copias de sus discursos escritas de su mano con letra regular pero trabajosa y llenas de borrados, estaban clasificados con cuidado sobre unas tablas de pino clavadas en la pared. Algunos libros escogidos, y en corto número también, estaban allí colocados; casi siempre un tomo de Juan Jacobo Rousseau ó de Racine estaba abierto en su mesa, y atestiguando su predilección filosófica y literaria por estos dos escritores.

Allí era donde Robespierre pasaba la mayor parte del día, ocupado en preparar sus discursos, no saliendo sino por las mañanas para ir á la Asamblea, y por las noches á las siete á los Jacobinos. Su traje, aún en la época en que los demagogos afectaban adular al pueblo imitando el cinismo y la desnudez de la indigencia, era aseado, decente y arreglado, como el de un hombre que se respeta á sí mismo. El cuidado un tanto esmerado de su dignidad y de su estilo se señalaba hasta en su exterior. El pelo empolvado y con bucles sobre las sienés, una casaca de un azul claro abotonada en la cintura y abierta por el pecho para dejar ver un chaleco blanco, calzón corto de color amarillo, media blanca y zapatos con hebillas de plata, formaban su invariable traje en su vida pública. Se hubiera dicho que, no cambiando nunca la hechura y el color de su vestido, quería imprimir su imagen como una medalla de su figura en la imaginación de la multitud.

Los rasgos y la expresión de su cara manifestaban la tensión perpetua de un espíritu que trabaja. Sus facciones se dilataban y tomaban el aspecto de la alegría en el interior, en la mesa, y por la noche al lado del fuego de las virutas, en la sala baja del carpintero. Las noches las pasaba con la familia, hablando de las sensaciones del día, de sus planes para el siguiente, de las conspiraciones de los aristócratas, de los peligros de los patriotas, y de la perspectiva de la felicidad pública después del triunfo de la revolución. Esta casa era la nación en miniatura, con sus sencillas costumbres, con sus recelos, y algunas veces con sus sentimientos de ternura.

Un reducido número de amigos de Robespierre y de Duplay eran admitidos alguna vez en esta intimidad. Los Lameth y Petion, en sus primeros tiempos; alguna vez, Legendre, Merlin de Thionville, Fouché, que amaba á la hermana de Robespierre, y á quien éste no quería; con frecuencia, Taschereau, Coffinhal, Panis, Sergent y Piot; todas las noches, Lebas, Saint-Just, David, Couthon y Buonarrotti, patriota toscano descendiente de Miguel Angel; Camilo Desmoulins, y